

aparecen en París los españoles Regoyos y Juan Gris, los cuales de por sí hablan de la paridad que en calidad llegan a tener los pintores españoles con otros extranjeros dentro del género.

Hay, ¡qué duda cabe! en el primer tercio del siglo XX un resurgir de la pintura española; lo acreditará por ejemplo un Gutiérrez Solana, pintor expresionista. «Pintor de la carne transitoria», teniendo para ello «un casi bárbaro sentido de la realidad» como de él ha dicho Tierno Galván. Lo certificará también un Vázquez Díaz que sigue siendo maestro generacional; un Muñoz Ortega, al que su verismo y su escueto sentido lineal le han hecho recoger laureles en diversas y primeras exposiciones de carácter internacional; un Palencia de asombrosos contrastes en el colorido; un Benedicto con captación de paisajes serranos de Gredos tan serenamente interpretados, un Aguiar tan reconocido en los medios pictóricos de Sud América.

Todos ellos confirman con muchos otros en estos mismos momentos a una generación que tenía ya vigencia en el año de 1936.

Cuando el ímpetu pasional del español se dirige huracanadamente hacia cualquier dirección, entonces arrolladoramente viene a ocupar el primer plano de la atención general. Nuevamente, dentro del siglo XX, viene a España con determinadas figuras representativas a escalar la cumbre de la pintura mundial. Pablo Picasso y Salvador Dalí son nombres que lo atestiguan.

En la carrera hacia los avances, nadie podrá negar que estos españoles, malagueño Picasso, catalán Dalí, se encuentran a la cabeza de toda una pléyade de pintores de tan compleja tendencia y original dirección.

El talento de Picasso, que partiendo de una pintura formalista en la que hubo de acreditar ser un magnífico dibujante, lanzándose a lo cubista y ultrasimbólico, lo realiza con tan medida inteligencia, que su extravagancia contenida dentro de su peculiar ritmo sigue causando a los amantes de estos estilos verdadero asombro.

Dalí es un hábil calculador que nunca deja de posar las puntas de sus pies en los elementos de la pintura llamada formalista, pero que agiganta su cuerpo estereotipado, mueve sus ojos de exaltado y extiende los brazos buscando la originalidad en su temática mediante la acomodación en sus cuadros de unos símbolos tan extraños como sus propios bigotes, a los que él llama antenas captadoras de su inspiración, consiguiendo con la subversión y el disparate conjuntar en su temática unas composiciones tan espectaculares y originales, en las que se asocian elementos formalistas de la pintura con unos símbolos tan rebuscados por el autor.

Guatemala, Junio 1961.

Francisco MARCOS LOPEZ

SIETE SONETOS ⁽¹⁾

CUANTO camino juntos, Gracia. Tanto amor nuestro hecho tiempo... Qué lejana aquella primavera, la mañana en que nos descubrimos. Pero el canto

se nos sube a los labios todavía juvenil y fragante, nos despierta y nos devuelve al aire. Amor, alerta, que la senda está abierta. Queda día

para nosotros, Gracia. La colmena rebosante de miel, la troje llena, copiosa nuestra fuente, florecida

en árbol la simiente que sembramos, Con la antorcha encendida caminamos pisando ya la tierra prometida.

NO me importan los años. Yo no creo que la sangre se torne lejanía, No, no ha pasado el tiempo. Yo te veo como éras en aquella epifanía,

alba de abril brotando en mi costado con profunda raíz, fecunda llaga para darme sazón. No, no ha pasado ni un día desde entonces. No se apaga

(1) Del libro *Gracia y Antonio*, 1935-1960.

la llama que se funda en esta brasa
de los mejores años. No, no arrasa
el vendaval del tiempo nuestro injerto,

hecho de carne y alma sin frontera.
Aún te sigo soñando, y en tu espera
en plena primavera tengo el huerto.

DIGO esposa, y el alma me rebosa
en ancho cielo abierto. Tú conmigo,
y lo llamamos todo. Esposa digo,
y me reposa con decir esposa

la sangre jadeante. Este castigo,
tanto cuchillo y ola como acosa,
si esposa digo, se hace generosa
mano de paz, asoleado abrigo,

agua fresca, panal, fruta jugosa,
sazón, si digo esposa. Yo contigo
me siento repartido en cada cosa,

que con nombrarte todo se hace glosa
de plenitud eterna. Esposa digo,
y me bendigo cuando digo esposa.

CADA día el dolor de alguna cosa
que se nos queda muerta entre los brazos.
La sangre de los dos en cada rosa
que nuestro amor florece. Cuántos lazos

ligados cada día, mimbre a mimbre,
hasta hacernos dos alas para un vuelo.
En esta fina, inseparable, urdimbre
ya no hay tuyo ni mío. Tierra o Cielo,

o son para los dos, o no son nada.
Palabra, sed, herida, gozo, frío,
amanecer o noche, abismo o cumbre.

En el camino, sólo una pisada,
Aguas que corren por el mismo río,
llamas que ardemos en la misma lumbre.

APENAS somos nada. Uno y una
como hay tantos y tantos. Poca cosa,
pero mujer y hombre. Ella, la esposa
para fragua, molino, surco, cuna,

primero, y después de repartido
su zumo - carne y alma - , la solera
que cuaja con sabor de primavera
los racimos de hieles. Yo, el marido,

a brazo y cuerpo limpio en el empeño
de mantener su rumbo a nuestro sueño
contra viento y marea. En un destino

vamos los dos, amor, humildemente,
cogidos de la mano entre la gente,
alejándonos ya por el camino.

DEJAREMOS de ser hoy o mañana;
quizá no somos ya; quizá no fuímos.
Gota a gota estrujados, dos racimos
van cayendo al lagar de donde mana

la vida de la muerte. El tiempo herido
en nuestras manos, Gracia, se vacía.
Hacia oscuro silencio y lejanía
nos lleva el viento que nos ha traído,

y así tiene que ser: pasar sin huella,
con los ojos perdidos en la esrella.
que nunca será nuestra; pero abiertos

los labios para el agua del venero
donde siempre me esperas y te espero.
Sólo en este amor fiel seremos ciertos.

TU, que enciendes la flor para la espera
y fecundas el vuelo de la abeja.
Tú, que al bañar la herida de la reja
con tu sangre la tornas sementera.

Celo de abril, promesa mañanera,
fuente para la sed, soplo divino.
Tú, que nos has juntado en el camino
bajo el cielo de aquella primavera

para unir nuestra savia por tu rama,
Tú, que nos quemas en la misma llama
y has hecho de los dos sólo un latido:

consérvanos unidos, de tal suerte
que entremos por la puerta de la muerte
los dos a un tiempo, para el mismo olvido.

Antonio PEREZ SANCHEZ



ALBUM EXTREMEÑO.—Vista del Teide. Foto Benítez